



MARVEL STUDIOS VENGADORES: INFINITY WAR

**MARVEL**

# THANOS

**EL TITÁN OBSESIONADO**





MARVEL STUDIOS VENGADORES: INFINITY WAR

**MARVEL**

# THANOS

**El titán obsesionado**

Escrito por Barry Liga  
Traducción de Gema Bonnín Sánchez

**MARVEL**



© 2019 MARVEL

Todos los derechos reservados

Diseño de la cubierta de Ching N. Chan.

Ilustración de cubierta de Stephan Martiniere

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-16914-46-3

Depósito legal: B. 4.937-2019

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# CAPÍTULO I



CHASQUEÉ LOS DEDOS.

Y...

Me pierdo en mi propio ser, a solas con mi pasado, con mi presente. Mi mera existencia es, a la vez, una cosa pesada e insignificante. El Tiempo no es una flecha o una línea ni ninguna otra metáfora conveniente; el Tiempo no es una noción abstracta.

El Tiempo es una Gema.

Con esa Gema, toda la historia se abre ante mí. Yo estoy *en* la historia. Yo *soy* historia. Soy testigo de ella y la revivo y la experimento en un mismo instante cuántico.

*Por primera vez en años, contemplo el orbe anaranjado que es Titán. A una distancia de miles de kilómetros, el planeta tiene el mismo aspecto que cuando me fui, sin indicación alguna de los estragos que se ocultan bajo la bruma.*

*Y entonces han pasado años y mis fuerzas combaten contra las tropas de su majestad Cath'Ar a bordo del RSS Ejecutora. Los cuerpos se pierden en el espacio mientras los leviatanes se preparan para una segunda acometida.*

*Y ahora, Korath se lo dice a Ronan:*

—*¡Thanos es el ser más poderoso del universo!*

*Y Ronan, el muy necio, responde:*

—*Ya no.*

Sin estar anclado al presente, observando sin interferir, contemplo mi vida y mis certezas mientras ellos ejecutan la jugada final. Soy el desenlace inevitable de mi propia profecía. La advertencia de Korath se ha cumplido y ahora de verdad soy el ser más poderoso del universo, y percibo toda realidad desde la posición ventajosa del máximo poder.

*Sin ser más que un muchacho, inclino el vaso sobre mis labios. El líquido que contiene es verde, burbujeante y demasiado dulce, con sabor a melón, bayas de saúco y etanol.*

*Soy un niño y mi padre me dice:*

—*Tu madre se volvió loca en el momento en el que puso los ojos en ti.*

*Hay un matiz suave en su voz, un matiz que solo puede captarse en retrospectiva, con la mirada adulta sobre el pasado infantil.*

Eso no cambia nada. Ya está hecho. Todo estará hecho.

*Años más tarde, mi nave abandona la superficie de Titán, lanzándome a lo desconocido. Me digo a mí mismo que todo lo que conozco yace bajo la bruma, y luego me recuerdo que eso no importa.*

Envuelto por la energía verdosa de la Gema del Tiempo, mi mente viaja a lo largo de las décadas a la velocidad del pensamiento, haciendo girar la joya que es mi vida de faceta en faceta.

—*Morirás allí, titán —dice Vathlauss, ahogándose en su propia sangre y en el veneno de Kebbi—. Morirás en la gloria de Asgard.*

*Observo, paralizado y desesperado, cómo Gamora convoca su equipo de batalla...*

*... y Daakon Ro se posiciona y lanza amenazas sobre mi visor...*

... y el Otro me habla desde los restos de la base chitauri:

—Humanos... No son los desdichados cobardes que nos habían prometido. Plantan cara. Son indómitos y, por tanto, no se les puede dominar. Desafiarlos es cortejar a la muerte.

Avanzo por entre los cuerpos de los asgardianos, los restos mortales de lo que una vez fue una orgullosa civilización, mientras Fauces Negras hace proselitismo entre los pocos que todavía viven.

Estoy golpeando a Hulk casi hasta la muerte...

... y arrojando a Gamora desde un acantilado en Vormir...

... y entonces —años antes— una voz, la voz de mi único amigo:

—¡Eres un cobarde, Thanos! ¡Un cobarde! ¡Te ocultas en esta nave, tras el Otro y los chitauri, y ahora tras esas chicas!

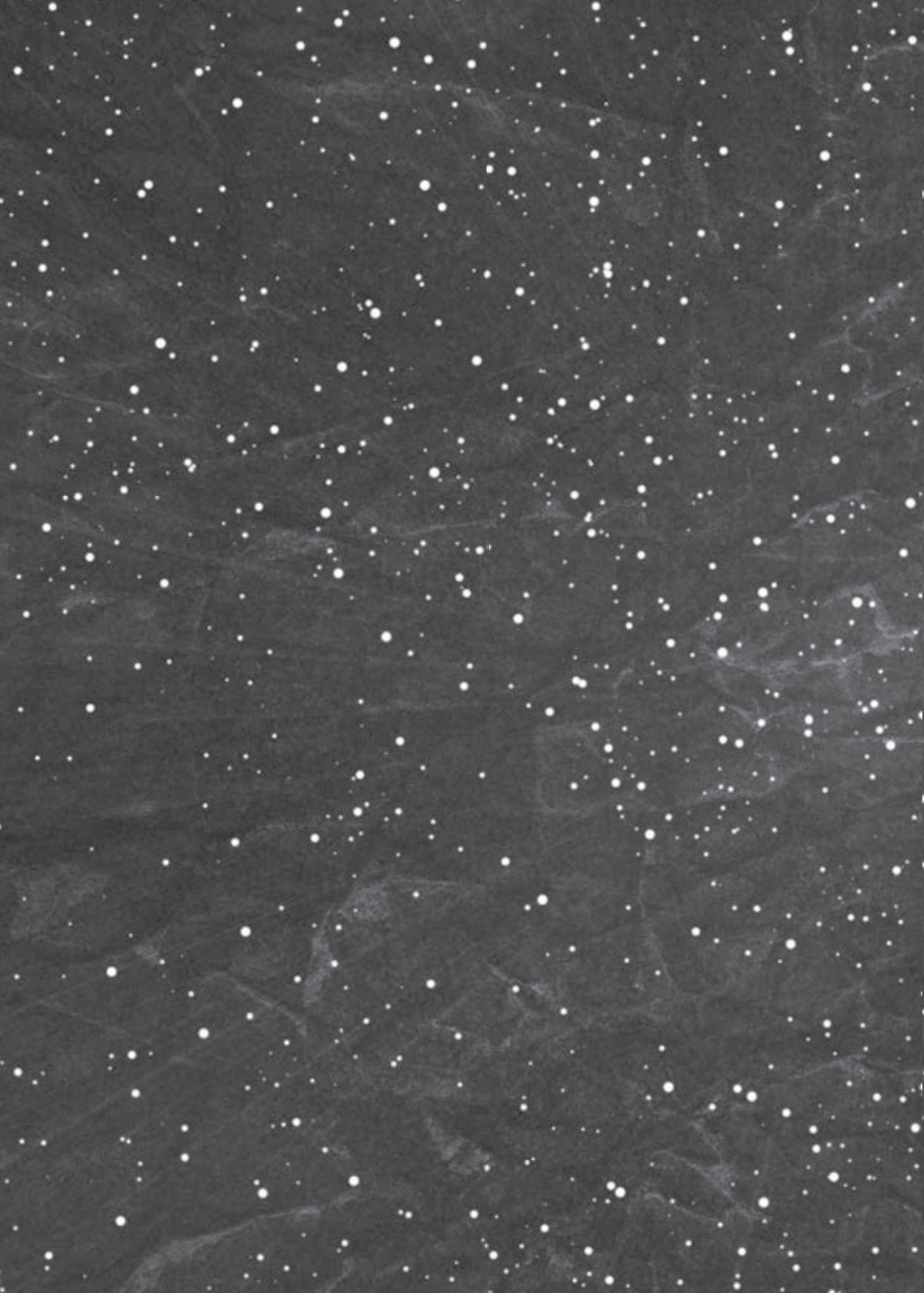
Saltando de año en año, me precipito hacia delante y acabo a bordo del Santuario. Las puertas protectoras de la bóveda se abren y el Guantelete resplandece ahí en la semioscuridad sin llegar a ser dorado.

Ya he visto este momento antes. Lo he vivido. Está ocurriendo por primera vez, por segunda vez, por millonésima vez.

Voy a por él.

—Bien —digo—. Lo...







# REALIDAD

*La verdad es una amante más cruel que la muerte.*



# CAPÍTULO II



EL PROBLEMA QUE TENÍA TITÁN ES QUE ERA PERFECTO. E, incluso de niño, Thanos sabía que nada era realmente perfecto. Todo diamante tenía su defecto, y cada alma santa tenía un matiz negro de culpa, vergüenza o abnegación desmedida. Titán también padecía una imperfección.

Esa imperfección, según su punto de vista, era el propio Thanos.

Hijo de A'Lars —alto mentor de Titán, arquitecto de la Ciudad Eterna— y de Sui-San, su madre ausente, Thanos fue, al nacer, una sensación para su pueblo. Su presentación produjo una fuerte descarga de adrenalina. Se distinguía del resto de la población de Titán por su deformidad y su tez purpúrea y, por razones que todavía desconocía, su físico llamaba permanentemente la atención. En Titán, la piel de la gente presentaba múltiples tonalidades vibrantes, pero ninguna era lila, el color de la muerte, el color de los malos augurios.

Excepto la de Thanos.

Desde el Vasto Mar Salado al otro lado del planeta hasta la brillante sucesión de criovolcanes que había a las afueras de la Ciudad Eterna, Titán era un mundo unido; no solo se trataba de la suma de sus partes, sino que era un todo resplandeciente y cohesionado. La Ciudad Eterna era el cruce perfecto de arquitectura e ingeniería, con sus inmensas agujas y torres intercaladas en la más absoluta armonía. Un mundo totalmente en concordancia consigo mismo.

Excepto.

Por.

Thanos.

El color de su piel y las extrañas marcas verticales que recorrían su amplio mentón formando surcos hacían que pareciera que le habían pasado un rastrillo por la cara. Aquellos rasgos lo convertían en un ser aberrante, en un mutante. Si su padre no hubiera sido A'Lars y su madre cualquiera menos Sui-San, probablemente habría terminado en alguna instalación médica, recibiendo pinchazos e inyecciones, aislado de la sociedad.

En lugar de eso permaneció al cuidado de A'Lars. Sui-San desapareció poco después de dar a luz.

A los seis meses caminaba. No eran los andares atropellados de un infante, sino la marcha confiada de un hombre. Podía mantenerse erguido y controlar el movimiento de la cabeza y el cuello. Coordinaba sus miembros a la perfección, y sus modales eran los de un adulto.

Cuando apenas faltaban dos días para su primer cumpleaños, habló. Fue más que una palabra; fue una oración entera:

—Padre, ¿tendré una celebración de mi nacimiento? ¿Asistirá madre?

Llevaba semanas siendo capaz de hablar, pero había esperado hasta dominar por completo la estructura de las oraciones para pronunciar sus primeras palabras.

Antes de esos hitos, él ya sabía que era diferente en un mundo que premiaba el conformismo y la unanimidad por encima de todo.

—Madre no asistirá —contestó A'Lars. Si su padre se sorprendió ante la dicción y la elocuencia de Thanos, no lo demostró—. Me ocuparé de que vengan amigos.

«Me ocuparé de...» Esas palabras precedían la mayoría de las declaraciones de A'Lars. El padre de Thanos rara vez tocaba a su hijo, rara vez lo miraba. Como respuesta a las necesidades de Thanos, se limitaba a decir: «Me ocuparé de...», y entonces cumplía con ello con eficiencia y aplomo.

Thanos no quería nada. No necesitaba nada.

Salvo formar parte de algo.



Cumpliendo con su palabra, A'Lars se ocupó de que asistieran amigos: una serie de androides diseñados para parecer niños pequeños. Estaban programados para distraer a Thanos y mantenerlo absurdamente contento y satisfecho.

Con el tiempo descubrió cómo estaban programados y restableció todos sus algoritmos. Ahora tenía una cohorte de sirvientes robóticos que lo distraían, pero sus competencias no iban más allá. Su mente despierta ansiaba más.

—Muy bien —concluyó A'Lars—. Al colegio.



Hace varias generaciones, era habitual instalar a los niños en cunas de pensamiento y educarlos mediante una interfaz cerebral directa. Pero esa práctica fue decayendo a lo largo del tiempo, y ya había desaparecido cuando nació Thanos. Ahora estaba de moda dar a la educación un carácter más social e interactivo, por lo que se reunía a un grupo de niños en una escuela donde, en teoría, todos contri-

buirían al aprendizaje de sus compañeros y favorecerían su socialización.

A Thanos lo emocionaba la idea de ir al colegio. Aparte de los androides reprogramados, no tenía más compañía y estaba deseando conocer a otros niños de su edad.

—Sé amable —le dijo A'Lars de camino al complejo educativo en su deslizante—. Habla solo cuando se dirijan a ti.

—Sí, padre. —Thanos sacudió la cabeza para indicar que estaba conforme.

Al otro lado de la capota de su deslizante podía ver otros deslizantes, la parte alta de los edificios y las cordilleras alejadas de Titán. Su mundo era un lugar bello y en paz, y él ansiaba explorar todos y cada uno de sus rincones.

—Los profesores han sido advertidos sobre tu aspecto —le recordó A'Lars—. Procura no decir nada molesto o inapropiado.

Su aspecto. Casi de manera inconsciente se pasó un dedo a lo largo de la mandíbula.

En algún momento del pasado lejano de Titán, por razones que ya nadie podía recordar, el color lila empezó a asociarse a la muerte y aquella conexión perduró hasta el presente. Cuando los titanes morían, cubrían sus cuerpos con sábanas de color lila. Las luces en las residencias se modificaban para que solo emitieran tonalidades moradas durante el período de duelo.

La primera vez que se dio de bruces con aquella asociación fue en una ocasión en la que su padre recibió una visita en casa. Thanos tenía cuatro años y la visitante era una mujer de edad avanzada, amiga de los padres de A'Lars, que buscaba consejo del alto mentor de Titán. Lucía tonos violáceos desde la cabeza hasta los pies, inclui-

do el velo que ocultaba su rostro, un velo que era precisamente del mismo color que la piel de Thanos.

Que aquel atuendo coincidiera con su color de piel emocionó a Thanos como a veces las coincidencias emocionan a los niños. Cuando se marchó, le murmuró algo a su padre acerca del color de la ropa, de cómo aquel velo encajaba a la perfección con su propia tez.

Y, con dureza, A'Lars le explicó que la mujer llevaba ese color porque estaba de luto. Era viuda y, como tal, vestía el color de la muerte.

La emoción de Thanos se esfumó. De todos los tonos que sus genes inadaptados podrían haber elegido para expresarse, ¿por qué se decantaron por el púrpura?

Ahora, en el complejo educativo, A'Lars lo guiaba a lo largo de un pasillo, escrutando en derredor y olisqueando con un fastidio mal disimulado.

—Diseño y mano de obra mediocres —comentó—. No dejes que el entorno infecte tu aprendizaje, Thanos.

—No lo haré, padre —prometió él, esforzándose por estar a la altura de la actitud desinteresada de su padre.

En el fondo lo entusiasmaba la idea de rodearse de iguales; sabía que su padre no aprobaba las muestras de emoción, así que reprimió su excitación.

Padre e hijo se detuvieron frente a una entrada. Thanos aguardó mientras su padre abría la puerta.

Era la primera vez, que Thanos fuera consciente, que su padre y él permanecerían separados más de una hora. Abrió la boca para decir algo, pero A'Lars asintió lacónicamente y le dijo «No te retrases» seguido de «Aprende mucho» antes de volver al pasillo que habían recorrido juntos.



Thanos asintió para sí mismo y se adentró en el aula.

Era una habitación pequeña con una serie de doce cápsulas interpersonales que podían colocarse en cualquier posición. En ese momento estaban alineadas en dos líneas de seis y todas miraban al frente de la estancia, donde había un adulto vestido con una túnica y pantalones grises y con las manos recogidas tras la espalda. Una gruesa melena negra salía de su cabeza como si fuera un casco y el color de su piel se asemejaba al cielo de una mañana pálida.

El profesor sonrió y contuvo de manera admirable su expresión de perplejidad ante la visión de Thanos.

Pero Thanos se dio cuenta. La escuela estaba avisada de que él acudiría. Sabían lo que era y quién era. Y, pese a todo, su apariencia seguía sorprendiendo.

—Y tú debes de ser Thanos —dijo el profesor.

A Thanos le pareció una apreciación absurda («¿Quién iba a ser si no?»), pero la sonrisa del maestro era agradable, y recordó los consejos de su padre. Así que simplemente respondió:

—Sí.

—Dad la bienvenida a vuestro nuevo amigo y compañero: Thanos.

Once de las cápsulas rotaron lo justo como para que los niños que contenían pudieran echar un vistazo al recién llegado. Thanos sintió un escalofrío de pánico cuando esos veintidós ojos se clavaron en él, pero luego desterró el miedo. Solo eran niños. Como él.

—Ocupa la cápsula vacía, por favor —pidió el profesor—. Hoy estudiaremos el color y las formas.

Se metió en la cápsula. Su interior acolchado adquirió forma de

capullo mientras se acomodaba. Allí, en ese lugar, se sintió cómodo. En su sitio. La cápsula era un modelo más antiguo que el que tenía en casa, pero serviría. Introdujo algunos datos en el *firmware* y lo conectó a la cápsula de casa.

Colores y formas. Mientras el profesor hablaba y la cápsula conjuraba imágenes para que él las absorbiera, se dio cuenta de lo increíblemente aburrido que estaba ya. Ya había aprendido los colores gracias a su padre, desde la naturaleza de la luz hasta la manipulación de los pigmentos. Las formas —cuadradas, lineales, redondas u orgánicas— no eran nada nuevo para él. ¿De verdad era aquel el mejor modo de aprender?

Acalló su impaciencia. Después de todo, era lo que había *deseado*; no podía tirar la toalla después de unos minutos.

Con un suspiro, activó la aceleración de la cápsula y atendió a la lección al doble de velocidad.



Si la faceta didáctica del colegio era aburrida, al menos podía poner sus esperanzas en el aspecto social. A mediodía había un descanso para comer y practicar actividades. Thanos no era tonto y sabía que la actividad física estaba diseñada para cansar a los estudiantes y volverlos más dóciles. Él ya tenía la impresión de estar siendo increíblemente educado y respetuoso —al no haber señalado un par de errores que el profesor había cometido previamente—, así que dejó de correr y jugar sin ton ni son con sus compañeros y se sentó en silencio en una esquina para estudiar un holograma rudimentario sobre una vía neural sintética. Si se mejoraba, los

sintetizadores serían mucho más adecuados para la vida cotidiana.

Un grupo de niños se reunió no muy lejos de él. Hablaban entre murmullos y susurros y de vez en cuando señalaban en su dirección. Él procuró ignorarlos, pero al mismo tiempo se preguntaba cómo podía hacerles frente.

Quizá la escolarización había sido un error. Quizá debería haberse quedado en casa. No había imaginado que se convertiría en el centro de atención, algo de lo que hablarían pero a quien nunca se dirigirían.

Justo entonces, una niña llamada Gwinth se le acercó.

—Tenemos una pregunta para ti —dijo. Y antes de que pudiera contestar, se le adelantó e inquirió—: ¿Por qué eres lila?

Thanos parpadeó con cierta confusión. Nunca antes le habían formulado aquella sencilla pregunta. La niña parecía más curiosa que asustada o disgustada. Tal vez su padre hubiera sobreestimado la reacción de la gente con respecto a su apariencia.

—No estoy del todo seguro —admitió—. Es una mutación.

—¿Una qué?

Mientras hablaban, los otros niños se colocaron a su alrededor. Thanos intentó dar con el mejor modo de explicarlo, pero la verdad era que ni él mismo lo comprendía del todo. Había cosas llamadas *genes* responsables de que las personas fueran quienes eran y lo que eran. Algo había ido mal con uno de los suyos.

—¿Dónde están los genes? —quiso saber Gwinth, que se pasó las manos por el cuerpo tratando de sentirlos. Los demás la imitaron.

Thanos sacudió la cabeza.

—Son diminutos. Microscópicos.

Un pensamiento le vino a la mente y esta se le iluminó... Allí, en ese instante, se le presentaba una gran oportunidad. Tenía la atención de sus compañeros. No parecía que le tuvieran miedo o les inspirara desagrado, simplemente mostraban curiosidad. Si pudiera explicarles cosas sobre sí mismo...

La noche anterior había memorizado las instalaciones de la escuela para no perderse. Ahora guiaba a un conjunto de estudiantes —unos diez— de vuelta a los pasillos, en dirección a un laboratorio de biología para estudiantes más mayores. En ese momento nadie lo estaba usando y tenía todo lo que Thanos necesitaba.

Organizó al grupo en torno a una mesa de trabajo con filtros microscópicos que revolvió hasta dar con una aguja que normalmente se empleaba para fijar las muestras. Él le daría un uso diferente.

Los niños observaban y contenían el aliento a la vez mientras Thanos se pinchaba la yema del dedo pulgar con la aguja. Se oyeron exclamaciones cuando apareció una gota de sangre.

Dejó caer un poco de sangre sobre un filtro microscópico y una luz inundó la habitación. Una imagen holográfica de su propia sangre se proyectó en el aire. Una retahíla de exclamaciones escapó de los labios de los otros niños.

Satisfecho, Thanos jugueteó con los controles para definir y esclarecer más la imagen. Unos glóbulos empezaron a palpar y a bailar a lo largo de la estancia. Los otros niños los señalaban y reían fascinados ante aquel espectáculo.

—Esta es mi sangre —explicó Thanos—. Y por comparar...

Cogió la mano de un niño que había junto a él y le pinchó el pulgar con la aguja. Apareció un punto de sangre y el niño gritó como si le hubieran arrancado las tripas.

Ahora no había ni risas ni gestos. El silencio colectivo se rompió por el llanto incesante de un crío a causa del dolor y la sorpresa, lo que provocó que los demás berrearan como si también los hubieran pinchado.

Y entonces, en ese instante, fue pasto del miedo que su padre había pronosticado. El miedo cayó sobre Thanos. Lo engulló.

Soltó la mano del niño y permaneció mortalmente callado mientras los gritos sonaban cada vez con mayor fuerza a su alrededor.



Más tarde, aguardaba en el despacho del supervisor del colegio, solo. Un sonido captó su atención y alzó la vista.

A'Lars estaba en el umbral de la puerta.

—Este experimento ha sido un fracaso —declaró su padre—.  
Volvamos a casa.



Esa noche, Thanos salió de la cama y escuchó a través de la puerta del *cogitarium* de su padre, el estudio donde A'Lars podía pasarse horas reflexionando. Captó una voz que no era la de su progenitor al otro lado de la puerta.

—Sabes que te venero, A'Lars. *Todos* lo hacemos...

—Entonces habla claro —exigió A'Lars.

—Tu hijo. Es... distinto.

—Sin duda. Lo has notado. Alabo tu sentido de la percepción.



El sarcasmo de A'Lars calló a su interlocutor durante unos segundos. Luego añadió:

—A lo mejor hay algo más acorde para el hijo de nuestro querido A'Lars, algo más adecuado que una escuela común.

—Desde luego —respondió A'Lars con suavidad—. Gracias por tu tiempo, tu consideración y tu consejo.

A'Lars apagó los comunicadores y Thanos, tenso, lo oyó murmurar: «Necios».



Que un niño prescindiera de la escuela y recurriera a las enseñanzas de su padre era, como mínimo, extraño. Pero la sombra de A'Lars era larga y su fama llegaba a todas partes.

Y además... todos sabían que era lo mejor.



Pese a que la especialidad de su padre era la inteligencia sintética, era un erudito y también poseía conocimientos de ciencia, de materiales y de arquitectura, lo que lo había llevado a ser alguien destacado en Titán. El planeta disponía de terreno habitable y A'Lars no solo había dado con el modo de aprovechar mejor esas tierras, sino que también sabía cómo protegerlas de las inclemencias de la naturaleza.

Sus habilidades implicaban una fama considerable, así como poder político, lo que hacía que la ausencia de su mujer y la apariencia grotesca de su hijo le resultaran aún más vergonzosas.

Como padre era desdenoso, pero como profesor resultaba indiscutiblemente brillante. A pesar de que Thanos lamentaba haber perdido la oportunidad de tener compañía y amistades, debía admitir —a regañadientes— que A'Lars era un maestro mucho más apropiado para él.

Los elogios no eran habituales. A veces, su padre hablaba de su inteligencia como algo que ya daba por sentado, como si su mera existencia hiciera que la inmensa capacidad mental de Thanos fuera algo único y normal al mismo tiempo. Las lecciones eran rápidas y se esperaba que tardase poco tiempo en comprenderlas y que lo hiciera en su totalidad.

—Tu intelecto es tu más básica y mejor herramienta —le dijo una vez su padre en uno de los escasos momentos que compartían—. Algún día, si tus logros lo merecen, quizá tengas el honor de hacerte llamar Thanos. O incluso T'hanos, aunque te aconsejo que no aspire a tanto —le advirtió.

—Sigo estando solo —contestó Thanos, procurando eliminar de su voz cualquier matiz lastimoso. Sabía que su padre aborrecía las chiquilladas.

A'Lars suspiró con resignación.

—Me ocuparé de... —empezó a decir.



A'Lars fue leal a su palabra y, en efecto, se ocupó de eso. Le trajo un niño real, de carne y hueso. Más de uno. Competían por el puesto de amigo. Solo uno lo obtendría.

Sintaa fue, por definición, el mejor amigo de Thanos, ya que era

su único amigo. Sintaa era delgado donde Thanos era ancho, gozaba de una envidiable barbilla de tamaño normal y el tono de su piel era del aceptable color de los melocotones crudos. Hacía gala de un carácter risueño en contraposición a la naturaleza taciturna e introvertida de Thanos.

Al pasar los años, Thanos sospechaba que A'Lars había pagado, chantajeado o amenazado a los padres de Sintaa para que lo obligaran a ser su amigo. Su padre nunca admitiría haber recurrido a tácticas burdas y desesperadas, pero, para cuando cumplió diez años, Thanos era capaz de apreciar ciertas palabras y expresiones que lo llevaban irremediablemente a aquella conclusión. El destino y la genética habían sido tan crueles como para concederle una mente privilegiada, y esta lo hacía ser más consciente de sus deformaciones y de lo singular de su naturaleza y su ostracismo. Gracias a lo que había aprendido de las noticias y de los hologramas de entretenimiento, comprendió cuán grande era su soledad, pero carecía de poder para rectificarlo.

Y, sin embargo, el propio Sintaa —al margen de las presiones que hubieran recibido sus padres— parecía disfrutar genuinamente de la compañía de Thanos. De todos los niños que le habían presentado en la audición para ser su «amigo», solo Sintaa lucía una sonrisa fácil, un semblante lacónico y relajado y un destello travieso en la mirada. Thanos quiso resistirse a que le gustara, pero falló.

—Eres la primera cosa que me trae mi padre y que de verdad me gusta —le dijo Thanos cuando su amistad todavía era temprana.

Sintaa sonrió. Él también era muy inteligente para su edad, pero ni la mitad de brillante que Thanos.

—No soy una cosa —le recordó—. Soy una persona.

Thanos asintió con un refunfuño.

—Por supuesto.

Jugaban juntos en las habitaciones que Thanos compartía con su padre, nunca en público, nunca en casa de Sintaa. Thanos había ideado un modo de dibujar con luces mediante una serie de brochas de datos que captaban fotones y los congelaban temporalmente en un punto concreto. Pasaban horas pintando el aire, mirando cómo brillaban los hologramas antes de que perdieran fuerza y se deshicieran como fuegos artificiales lentos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Thanos.

Sintaa se quedó perplejo. Se detuvo en mitad de una pincelada.

—Tú *nunca* haces preguntas. Ya lo sabes todo.

—Ojalá fuera cierto —respondió Thanos—. Hay muchas cosas que no sé. Especialmente sobre un tema.

Sintaa se acomodó. Los hologramas bailaban y resplandecían a su alrededor, como sueños intermitentes arrastrados a un mundo despierto.

—Di.

Thanos vaciló. Por primera vez en su vida entendió lo que significaba *estar nervioso*.

—¿Cómo es... —consiguió articular— tener una madre?

Sintaa rio.

—Todo el mundo tiene madre, Thanos.

Si Thanos hubiera sido capaz de sonrojarse, lo habría hecho en ese mismo instante.

—Biológicamente hablando, sí. Pero ¿cómo es *tenerla* y no solo venir de ella?

La mirada de Sintaa se suavizó. Abrió la boca para responder

y luego la cerró. Volvió a abrirla. La cerró de nuevo. Hicieron falta unas cuantas repeticiones más antes de encontrar el tono adecuado.

—No sabría describírtelo —confesó—. No he conocido otra cosa.

«No he conocido otra cosa.» Aquellas palabras golpearon a Thanos y lo hicieron sentir un dolor agudo que no había experimentado nunca antes. No obstante, más allá de las palabras, estaba el tono de Sintaa al pronunciarlas. Había tal calidez y consuelo que Thanos supo que era eso lo que echaba en falta... El auxilio de su madre. Todo lo que sabía era que cada ser vivo en Titán tenía una madre excepto él.

—Ni siquiera sé dónde está —dijo Thanos—. Uno de los pocos secretos que A'Lars ha conseguido guardar.

Tras un momento de duda, Sintaa declaró:

—*Yo sé dónde está.*



En ese momento de su vida Thanos tenía la complexión y la altura de un niño mayor. Sus estirones eran frecuentes y dolorosos. Con un metro y dos tercios de altura, tenía la apariencia de un adolescente con una mente brillante. Su piel se había aclarado ligeramente desde que nació, pero seguía siendo de un temido y odiado color lila. Rara vez abandonaba la casa de su padre... A'Lars le había dicho en múltiples ocasiones que lo mejor era no perturbar a los demás.

Así que ese día Thanos llevaba una capa con capucha que le cubría la cabeza y le ocultaba el rostro bajo su sombra. Arrastrando la



cola de la capa por el suelo, se acercó a un edificio en particular, no con miedo, sino más bien con agitación.

A sus espaldas, Sintaa asintió animándolo a avanzar.

El edificio era anodino y achatado, una estructura baja en una ciudad dominada por torres, rascacielos y edificios flotantes que se mantenían en lo alto gracias a la tecnología antigravitatoria.

Sintaa había oído a sus padres hablar de aquello. Se referían a él como una especie de *hospital*. Thanos sabía lo que era un hospital, desde luego... Un lugar en el que trataban enfermedades y curaban heridas.

¿Acaso su madre estaba enferma? ¿Por eso nadie lo dejaba verla? Pero en ese caso, ¿por qué no decírselo? ¿Por qué tanto secretismo y vergüenza?

Era irrelevante: su madre estaba ahí dentro. Eso era todo lo que le importaba.

Por un momento, dudó frente a la puerta. Era un chico de diez años, un niño, y pese a su intelecto —o quizá debido a él— sabía que la combinación de su edad y su aspecto no lo dejarían en buena posición. Sabía que el rechazo lo acechaba en su futuro más inmediato.

Abrió la puerta de todas formas. Entró.

El aire estaba impregnado de ozono y antiséptico. El suelo y las paredes eran suaves y tenues, y el techo estaba formado por una serie de paneles. Caminó a lo largo del recibidor de la entrada hasta que encontró otra puerta. La abrió.

Allí había un hombre con el ceño fruncido y del color de la hierba muerta en un día de otoño. Llevaba la túnica negra y las hombreras rojas de los médicos, pero su expresión era de todo menos reconfortante.

—Thanos —dijo con un tono reprobatorio—. Me dijeron que vendrías.

Ni Thanos ni Sintaa le habían contado a nadie su decisión de ir allí. Por primera vez en su vida, Thanos se dio cuenta de que lo vigilaban. Siempre.

—Me gustaría ver a Sui-San —indicó Thanos con toda la dignidad y entereza que pudo reunir—. Mi madre —añadió.

El doctor entornó los ojos y algo parecido a la lástima destelló en ellos. Thanos reprimió el enfado que ascendió por su interior. De nada le servía la compasión.

—Lo siento de veras —contestó el doctor—. No puedo permitirlo.

—No he preguntado si puedes permitirlo —replicó Thanos, dominando la ira—. Déjame ver a mi madre.

—Tendrás que hablar con tu padre sobre eso —respondió el doctor con un misterioso gesto—. Si no te marchas, voy a tener que pedir que te echen, y no quiero hacer eso.

«Hablar con tu padre...» Lo había hecho. Desde sus primeras palabras («¿Vendrá mamá?») había estado preguntando por su madre, solo le faltaba suplicar que A'Lars lo dejara verla, pero no había recibido más que negativas cada vez, rechazos, respuestas que indicaban con mucha claridad que jamás vería a Sui-San.

—No me lo niegues —pidió Thanos con los puños cerrados.

El doctor no rio ante aquella imagen. Carraspeó y dijo:

—Llamaré a seguridad...

Y, más que verlo, Thanos sintió una línea roja de rabia que se abría paso entre él y el resto del mundo. Sin ser consciente, se abalanzó sobre el doctor.